

El discreto encanto de lo inútil

Juan José Cabedo Torres

Octubre de 2012

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

Cada instante que fluye
desde las aguas calmadas del tiempo
emerge en el claroscuro de mi alma
como el perfil de un ciervo
trazado en el fondo de la caverna.
Es cierto que las palabras alcanzan
más allá de los ojos.
Alguien apoyó la mano en la piedra
y la encerró en el círculo
donde las cosas son
absolutas y plenas.
La mirada tropieza
en la esquina afilada de un segundo.
Fuera del hueco lóbrego y oscuro
la tarde se recuesta
en el verde encendido de las hayas.

El sol relampaguea en el collado
y se hunde en la mirada
profunda de la tarde.
Los ojos se acompasan a la lengua
con misteriosos lazos,
las palabras unen
en el perfil del aire
el fulgor de la nieve
y esa invisible membrana que abarca
el lugar sin fronteras
que me habita en silencio.
El sol brilla un instante y se sumerge
en el mar donde yacen
los pecios del olvido.
Las sombras se alargan y difuminan
las líneas de los árboles.
Recuesto la cabeza
en la raíz de un sauce
y dejo que los dedos de la noche
se extiendan amorosos
sobre mi piel exhausta.
El agua canta su canción monótona.
«Recuerda,» me dice.
«Habrá un día en el que también tú partas
hacia otros horizontes.»

3

Si pudiera elegir, preferiría
vivir entre animales,
rodeado de plantas y de rocas
o en el silencio blanco
de un glaciar de los Alpes.
Sí, podría vivir entre estos seres
que no usan el silencio de la noche
para llorar sus sueños delirantes.

4

No necesito que los desdichados
me cuenten sus desdichas
para auscultar en mí sus cicatrices.
Me olvido con frecuencia de mí mismo
inspirando el aire azul de la tarde.
Ya me pasaba cuando era muy niño.
Entonces me concentro en las venas
y escucho en los latidos de mi cuerpo
la voz de otros espíritus inquietos.
Aquellos a los que la vida embriaga
no tienen que contarme
qué les hace felices.
También a mí me da el sol en la cara
y siento que las manos de la noche
acarician despacio
el vientre de los sueños.
En cuanto a los neutrales,
a mí personalmente
no me importa que existan
pero creo que de algún modo extraño
son los que van apestando la tierra
con sus pasos neutrales.

5

Cómo no agradecer
que la luz descienda como un regalo,
que la tierra se derrame en mis manos
como fruta madura,
que el aire se conjure con el agua
para hacer de mi rostro
un surco transparente
en la espalda dormida de la noche.
Cómo no caminar
por la linde del bosque
silbando una romanza
o tarareando la muerte de Isolda
–aunque es un gran pecado
tararear a Wagner–.
Cómo no ascender la cima nevada
sabiendo que sus dioses me protegen
fijando el día y la hora de mi muerte.

6

El Gran Amante estará allí, sin duda,
en la postrera vuelta del camino
mirando cómo se van desprendiendo
los últimos restos del equipaje
que he arrastrado durante tantos años.
No dudo de que haya muerto otras veces,
pero la verdad es que,
para serles sincero,
es algo que he olvidado.
Voy despidiéndome de mis juguetes
y aspirando el aroma
de jazmines y asfódelos.
Asciendo en la noche como una luna
cambiante y me sumerjo
tras la línea pura del horizonte
en el agua negra donde naufragan
mis miedos más antiguos.
Por fin llega el instante singular.
Por fin el sueño eterno.

7

Quizás sólo el amor puede acercarse
a la tersa belleza de la muerte.
La savia de la vida,
eterna e indomable,
habita los cuerpos y los anima.
La muerte, por su parte,
desde el otro costado,
gobierna los espíritus
como una mano cálida e invisible
que acaricia la mejilla de un niño.
De la vida amo la hierba y las cumbres,
amo el hielo y las nubes,
adoro la implacable indiferencia
con que nos trata siempre.
De la muerte amo su pureza simple,
su sutil insistencia,
su delgada ironía
y esas heridas que deja en el alma
cuando se desvanece
la niebla opaca de las fantasías.
Sí, por más que lo pienso
no encuentro en el mundo nada más bello
que el amor y la muerte.

8

No me importa quién seas,
oscuro caminante de los sueños,
pero descansa un rato
aquí a mi lado y cuenta
cómo entrelaza la aurora los dedos,
en qué momento exacto
se le tornan rosados,
de qué forma los ríos
abandonan los cauces y se elevan
como una arista de agua
en las calladas noches del invierno,
quién derrama la arena
en los ojos del niño,
cuándo llegará por fin el silencio
y se posará en mi viejo cerebro.
Luego levántate y sigue el camino,
pero no olvides que un día me viste
balanceando las piernas
en el pretil del puente,
mirando cómo fluyen río abajo
las aguas del olvido.

9

No resulta difícil
ponerme entre paréntesis
y que se desvanezca
mi identidad externa.
No es que haya mucho que decir sobre ésta:
me pusieron el nombre
de mis antepasados
tras nacer en un lugar de la Mancha
con un nombre concreto.
Era martes, febrero, carnaval.
Vivo en una calle con nombre feo.
Mi profesión: observar con cuidado
el envés de las cosas.
Para ponerme a un lado es suficiente
con concentrarme un rato
en cómo cambian de forma las nubes
o analizar despacio
el ritmo incesante de las mareas.
Cuando me desvanezco y soy los otros
entiendo que la felicidad sea
un efluvio del alma.
Cómo podría ser de otra manera.
También sé por qué vibran
los genios que se esconden
en la madera de los violonchelos,
cuál es el origen de mi querencia
por las grietas que rompen los glaciares,
por qué estoy tan atento
al rumor de los bosques,
por qué me gustan tanto
los parajes desolados e inmensos
donde sólo se escucha
el pulso de las sienes
y el canto monocorde de las piedras.

Cuando vuelva a nacer, si es que renazco,
cuando vuelva a ser niño
y venga una señora y me pregunte
qué quiero ser cuando sea mayor,
le diré que alma errante
que se va encarnando en distintos cuerpos.
Aprovecharé la cara de susto
para decir que creo
que para mí es un regalo del cielo
perder la identidad
para vivir en la piel de cualquiera,
aunque no sea más que otro delirio
de mi cabeza enferma.
En cuanto a los infiernos,
creo que la ignorancia es uno de ellos.
Le sigue de cerca la soledumbre
y ese callo en el alma
que te impide calzarte los zapatos
del que las pasa putas
y caminar con ellos
un tramo de la senda.
Sí. Estoy seguro de que el averno
consiste, entre otras cosas,
en la incapacidad de palpar
cuando el sol de verano
amarillea el trigo,
no poder percibir
la sutil inocencia
con que se hilvanan la nube y el hielo,
no saber resbalar
descalzo y en directo
por el filo anaranjado del tiempo.

Quizás porque amo las contradicciones
no preciso del hachís ni del opio
para curvarme con la luz del alba
y hacerme minarete
o cúpula celeste.
Me gusta escuchar desde las alturas
las quejas cotidianas de los hombres
–no tengo sexo, no tengo dinero,
nadie me considera,
no tengo el éxito que me merezco,–
lejanas como esquilas de un ganado
que pace en otros valles.
Quizás porque amo las contradicciones,
cuando me canso de la inmensidad
de un cielo siempre nuevo,
me gusta contraerme
hasta alcanzar el tamaño de un átomo.
Me encanta recorrer
con mis pequeñas piernas
la tabla periódica de elementos,
donde si uno sabe buscar encuentra
la paz de las moléculas
y el silencio amoroso del tungsteno.
Así vivo, con los pies en el fango
y la cabeza muy cerca del cielo.
Desde luego, no hay espacio en mi vida
para el aburrimiento.

No aspiro a lo que aspiran
las personas normales
–ser famoso, ganar mucho dinero,
ganar la competición de mi barrio.–
Debe ser que cuando me llegó el turno
de recoger mis sueños
los corrientes se habían terminado
y a mí me correspondieron los raros.
Cuando era un bebé soñaba
con llegar a chuparme el dedo gordo
del pie derecho, y también del izquierdo,
y a fe que trabajé como un enano
hasta que pude hacerlo.
Cuando fui niño soñé que algún día
podría cambiar con sólo desearlo
el curso de los ríos,
y a encauzar los regatos
me apliqué con denuedo.
Cuando llegué a la juventud soñé
que la gente me amaba
por la sutileza de mi carácter,
pero qué va. Era otra fantasía.
«Vives en un mundo en el que sólo vales
por lo que tienes, así que despierta,»
me decía al oído el ángel malo.
Aquí se torció del todo mi vida,
ya desde el principio un tanto escorada.
Caminé durante una temporada
con los ojos abiertos
por el lugar sin límites
donde habitan los sueños
y casi muero de desolación,
tan lleno de escombros estaba aquello.
Ahora sueño con acostarme en paz,
con el silencio amable de los bosques,
con ese lugar donde se supone
que arde el fuego y me llaman por mi nombre.
Ya me queda menos para soñar
con despedirme airoso de la vida.
Los miércoles ensayo el sayorara.
Me llevaré la mano
al ala del sombrero
y diré estas palabras,
o algunas parecidas:

«Para mí ha sido un placer, hasta luego.
Si hubiera sabido que iba a vivir
con un afán tan grande
me habría mirado más el azúcar.»

A veces, mientras ando,
me miro de reojo,
como si la brisa fuese un espejo
inmenso que devuelve
la imagen invertida de los muertos.
He de reconocer que durante años
he caminado a ciegas
por el mero placer
de fatigar la tierra,
he buscado aturdirme en el tumulto
y he corrido detrás de los fantasmas
-algunos con faldas, por qué negarlo,
otros más delicados e inconcretos.-
No hace mucho he dejado de correr,
así que ahora, si puedo
me detengo y permito
que mi espíritu vague, sólo un rato,
por el contorno incierto de las nubes.
Es una buena forma
de que transcurra el tiempo
si no ves la tele ni haces sudokus.
Luego regresa a mí
y cuando se hilvana de nuevo al cuerpo
me cuenta que ha entrevisto
lo que es eterno y puro,
lo que no se marchita, lo infinito,
el rostro de Dios, una uña del Diablo,
el manto de la Virgen,
el apocalipsis, las profecías
que auguran un renacer de las artes,
la Biblia políglota y complutense,
pero yo, la verdad es que no le creo.

Las ilusiones son como la niebla,
que cuando se deshace
deja las fantasías
tiritando en su delgadez oscura.
Entre el murmullo amable
de las bellas mentiras
y la voz contundente
de la verdad desnuda
es difícil saber con qué quedarse.
Leí en el epitafio de una bella,
muerta de amor en la flor de la vida:
«Amó y fue amada. Requiescat in pacem.»
Algún muerto viviente debería
salir a media noche del sepulcro,
borrar estas palabras
con su dedo de hueso
y escribir en su lugar estas otras
con la uña del meñique:
«La muy zorra salió de madrugada
muy ligera de ropa
para coronar a su actual amante
con otro hombre más joven y atractivo,
cogió frío y murió.»
Así son las cosas de los humanos:
en ellas hay, al menos, dos versiones,
o tres, todas ellas contradictorias.
Visto lo visto, sólo es saludable
embriagarse de sol,
como mucho de nubes,
y no entrar en discusiones estériles.
En cuanto al resto de las ebriedades,
hay que tener cuidado
pues la mayoría pintan la vida
del color de una ilusión sin futuro.

Que Dios cuida a los locos
es un hecho probado.
Lo que ya me parece más dudoso
es que la fascinación del misterio
se deba al hecho de que nadie sepa
qué quiso pintar Rembrandt
en la zona sombría de sus cuadros.
Tampoco me parece
que las ventanas sean más sugerentes
cuando no están abiertas
y que las puertas de otros
atraigan sin remedio las miradas.
Lo que sí es cierto es que quien se disfraza
está condenado a verse desnudo.
Eso nadie lo duda.
Yo no veo más cera que la que arde
y creo firmemente
que de los parajes más desolados
brotan los mejores y los más dulces frutos.
Aturdirse no sirve
para alterar el tiempo.
Lo he probado a conciencia y no funciona.
Tampoco el maquillaje
es capaz de ocultar,
bajo siete colchones
la sonrisa nerviosa del vampiro.
Cada cual puede pensar lo que quiera,
pero en mi opinión éstas
son verdades eternas,
verdades como puños.

Los labios de la tierra
musitan en la Aurora
y tallan en la luz mi cuerpo blanco
como el casco de un barco
condenado a vagar
por un mar teñido de plomo y sueño.
La tierra me respira,
y es música su aliento
en la bóveda blanca
que se comba como el dedo de un niño
que pide tres deseos.
Hay caricias como aromas de Oriente
y miradas tan duras que golpean
en la piel tersa y fría
de una noche estrellada.
Es probable que amar
sólo sea morir
y que vivir consista
en servir de estiércol a los rosales
que Dios planta en su huerto.
No sé. Por el momento,
navego en las miradas de los otros,
buceo en otros cuerpos
y de cuando en cuando atraco mi barco
en el cálido noray de los besos.

Yo soy el hombre que espera
que llegue la nieve para ocultarla
debajo de los párpados,
soy el hombre que alienta
la invasión salvaje de las arterias,
quien explora con la luz de sus dedos
el pecho amarillo de los desiertos.
Soy quien muerde con los dientes del alma
las solapas dormidas de la noche,
quien sumerge las manos
en la salvaje oscuridad del aire,
quien galopa en una confusión
de gacelas y de aves,
quien amanece en el borde afilado
de un instante, quien sale
de las profundidades
con los brazos tendidos hacia el sur
y los labios tiznados de horizonte.
Soy ese que se acoda
en el vientre olvidado de los ríos
y aguarda la llegada inexcusable
de unas manos invadidas de invierno
y un torrente de voces
que salmodia en el hueco de un segundo
el canto sonámbulo de los dioses.

Que el tiempo es un remanso
donde todo se mezcla
es algo que se sabe desde antiguo.
Por eso algunas veces
mis pupilas se vuelven poderosas
como palabras bíblicas
e inyectan en las venas
un torrente de luz, dos o tres nubes
y un poco del polvo que deja el sol
revoloteando en el aire dorado
cuando despega hacia otros aeropuertos.
Apenas sé nada de esos océanos
sin orillas donde navega el tiempo.
Si acaso soy experto en algún tema
es en el de los labios arañados
por las zarzas crueles de los besos.
Sé que camino porque el horizonte
se acerca a cada paso
y porque cuando miro
por encima del hombro
veo la sombra vacía de un cuerpo
que se parece al mío
y la huella que ha dejado mi mano
en el brocal del pozo.
No soy de los que quieren
dejar tras de sí un rastro,
ni siquiera una estela.
No siento nostalgia de lo que fue,
tampoco de lo que pudo haber sido.
Un paso y después otro. Eso es todo.
Con esta filosofía se llega,
si orientas bien tus velas,
a la última curva del infinito.

La memoria es un monstruo
con cabeza de hidra y alas de albatros
y unos senos de sombra
que buscan inútilmente las manos
en el dorso del agua.
Hay en mi interior un lugar sin límites
donde hacen su morada
los hijos de la niebla,
los sueños que he vivido,
la vida que he soñado,
y esos lagos inversos
que reflejan las nubes.
Mientras tanto las hojas del otoño
se quedan suspendidas en el aire
como una palabra envuelta en silencio.

Las palabras se ondulan
en el cantil del alma
como una brisa suave
que enharina las manos
y dibuja el contorno de las nubes
que acarician la hierba de los prados.
Las palabras se trenzan y se alejan
como el eco de un perfume muy viejo
que hace vibrar la música en la cima
donde los dioses cantan
las sílabas sagradas.
Las palabras reordenan el caos
a imagen y semejanza de un ángel
que pronuncia en silencio
un discurso terrible y justiciero.
Las palabras vuelan sobre garajes
y sepulcros, se quiebran en el aire,
se agitan y descienden
como un polvo finísimo que anida
en el cráneo orientado a la luna.
Las palabras sacuden por los hombros
a los durmientes que habitan las sombras
y entreabren el sexo de los enigmas
al anhelo de las huellas soñadas.

He visto corazones que destilan
el ámbar del desánimo
y heridas que respiran
la rotunda y sutil delicadeza
de las pirámides decapitadas.
Yo, de cuando en cuando, inclino la frente,
recuesto la cabeza
en la línea de sombras
y me hago notario de lo invisible.
Despierta la mañana
en el muro del aire
y el sol curva el espacio
como el lomo sombrío de un cetáceo.
No hay nostalgia de cielos imposibles
en los versos que escribo,
ni afán por mancillar
la pureza improbable
de la gacela en celo.
Cuando el deseo cimbrea los labios
sólo queda en el alma
el anhelo de exprimir los segundos
y el afán de dejar un día más
el trazo de mi dedo
en el polvo dormido de la tierra.

Los pájaros anidan en verano
en las cornisas azules del aire
mientras mi alma escala las almohadas
y mis manos de piedra se adormecen
en las almenas del muro
tendido junto al lago.
La madrugada tiene alas inmensas
y un reguero de lágrimas
que descalzan los sauces.
A veces, por las tardes
tiemblan los recuerdos como hojas verdes
que se desprenden de mi cerebro ávido.
Es tiempo de que el sol
me enumere las vértebras
y de que el agua derrame en mis hombros
un presagio de nieve
y una tibia esperanza.

La daga de la noche descoyunta
las ternillas del tiempo
mientras que no muy lejos
la luz de la mañana
enumera la fuentes
sagradas de la vida
y se cuenta los dedos.
Yo tengo cuidado de no encajar
mis huellas en las huellas de otros muertos
y despierto a la Aurora
como un arcángel ciego que despliega
en sus alas azules
las cortinas invisibles del sueño.
No descansan los cuerpos
en las sábanas manchadas de besos
ni vuelven del futuro
los rígidos fantasmas
de lo que no seremos.
Cuando se posa en la rama del sauce
el pájaro amarillo del deseo,
el rumor de la savia
se adormece un momento
en el envés del agua
y un presagio de muerte
acaricia el silencio.
Sé que cada segundo es un milagro
de precisión celeste;
sin embargo permanezco al acecho,
con una sombra de hojas en el rostro
y un brillo salvaje en la mirada.

La luz talla en el aire
la hornacina de un sueño
y en los armarios duermen
los vestidos de fiesta,
el traje de la primera comunión
y algún que otro esqueleto.
Yo recuesto la espalda
en el borde azulado de la tarde
y cuento con las uñas
los ríos puestos en pie que se anudan
en la bóveda invertida del cielo.
El musgo se desliza sobre el agua
como una mano verde
que acaricia la piedra
y en el tronco torcido de la acacia
se enreda la piel vacía del tiempo.
La noche retrocede con cautela
dejando tras de sí un rastro de espuma
y el perfil de unos labios entreabiertos.

La ceniza que desciende del cielo
como una lluvia fina
centellea un instante
a la luz del verano.
El sol enciende el fulgor de la sangre
y se esconde en la tierra
como una esfera pura.
Hay un presagio de otoño en el aire
y un rumor de hojas cayendo muy lejos.
La tarde orienta el pecho
hacia el corazón dormido del cielo
donde latén las hoces del misterio.
Mientras tanto, yo escucho con las manos
el susurro delgado de las sombras.
Alguien que no soy yo entona en mis huesos
la canción de la espiga.
Un resplandor fugaz
me atraviesa el cerebro,
penetra la corteza de las cosas
y enciende sus secretos.
Ya hay algunas estrellas
cuando veo los tejados del pueblo.
Se escuchan en la plaza
los gritos de los niños.
Una mujer tiende junto a su casa
las sábanas que flamean al viento.

La madrugada ha encontrado en la noche
un manantial del sombra
y en los huecos de luz
se despierta la Aurora.
Las estrellas descienden
en una incierta armonía de espadas
y las espuelas manchadas de tiempo
giran el rostro por no ver el alba.
Por la penumbra amarilla de luna
cruza como un presagio
la caricia de un ala.
Tú recuestas la espalda
en el tronco del álamo,
alargas los dedos del alma y tocas
el vientre de la roca
donde late su corazón de piedra.
Luego inspiras la luz blanca del aire
y esperas a que los barcos descansen
en la espuma de los mares secretos.

La tierra es sagrada. Toda la tierra.
El cielo es un conjuro
y un río que baja de piedra en piedra
hacia un horizonte de mar y sueño
donde navega fugaz una estrella.
Yo miro los viñedos;
también ellos me observan
con pasión de vestal sacrificada
a los dioses crueles del deseo.
Las hojas me respiran lentamente
mientras que un sol de otoño amarillea
las aristas de hielo donde brilla
una presencia sutil y una ausencia.
Las manos avanzan y se estremecen
como olas que se estrellan
en el cantil del aire.
En las arterias laten
oscuros presagios de almas en pena.
La tierra es sagrada. Toda la tierra.
Un día u otro descansaré en ella.

Camino por la grama,
piso el hielo negro de los glaciares
y a cada paso sube por las plantas
el latido amoroso de la tierra.
El sol se levanta oblicuo y enhebra
los matices del verde
que respiran las hojas
como un polvo dorado
desprendido de un ala.
La noche se confunde con la brisa.
Las montañas, por su parte, se azulan
escalonadas hacia el horizonte.
Me detengo un instante junto al río
y el alma se acompasa
al ritmo delicado de las cosas.
Los ojos se hacen labios y acarician
el regazo del tiempo.
Definitivamente esta mañana
no hay excusas ni espacio
para el desasosiego.

La noche se adelgaza en un sollozo
y tiembla entre las hojas.
En los hombros de la Aurora se mide
la distancia que va del labio al beso.
El Alba cae hermosa sobre el tiempo
y crece entre los huesos de los muertos
el fulgor invisible de la vida.
Hay miradas afiladas que miden
con precisión científica
el hueco que separa cada surco
y en qué se diferencia exactamente
la hoja del estero.
Otras miradas inocentes buscan
hermanar lo disperso
y unir en el cerebro
la tabla periódica de elementos.
Mientras tanto la vida,
ajena a los afanes de los hombres,
se adormece en los dedos.
Hay ojos como labios entreabiertos
y besos que se cierran
cuando brota el deseo.

Todo se vuelve infancia
cuando das con la llave del misterio,
aunque sea un misterio limitado,
de esos de andar por casa,
cuando el alba rebosa
en las altas barandas de la luna
e inunda los pulmones
como una espuma tibia
que fue ceniza fría,
como un relámpago que abre la bruma,
separa sus labios y la fecunda.
En ese instante el tiempo se dilata
y el espacio se remansa en un patio
donde juegas a amaestrar avispa
a la sombra de un árbol.
Poco después el tiempo se contrae
con un leve latido,
con un crujido leve,
y sabes de repente
por qué amas lo que crece,
por qué de cuando en cuando
te atraviesa la angustia
como una aguja que hurga
en el hueco del cráneo.
Sí, le dices al niño que se aleja,
probablemente todo sea infancia.

La luz que delimita
las hojas de los olmos
es la misma que te mira en silencio.
La claridad que enhebra
los matices azules
que vibran en la cima de los cerros
es la que traza tu silueta y te habla
con palabras misteriosas y extrañas.
Hay un leve temblor
en la lámina de agua
y un presagio de invierno
en las nubes que pasan.
Tanto es el amor que late en la tierra
que la hierba se anima
a cantar con las ranas
y en el perfil de la brisa se escucha
su música callada.

No es fácil contemplar cómo la luz
penetra día a día en las espigas,
cómo vibran las raíces del árbol,
cómo asciende la savia por el tronco,
cómo gira un instante
en las ramas más altas
antes de hacerse nube,
cómo tiembla la claridad del cielo
y se deshace en las capas del aire.
Siempre se me ha dado mejor soñar
que estoy en otro sitio,
que soy otra persona,
que mi vida le pertenece a otro.
Qué le vamos a hacer
si soy experto en fugas.
No, no es fácil mirar alrededor
y ver que me aletea en la osamenta
el impulso que hace crecer las plantas,
el que mueve la luna siempre joven,
el que hace que las vacas se enamoren
cuando mayo verdea en las acequias.

Cuando miro cómo la brisa mueve
las ramas del olivo,
se me incendian de entusiasmo los huesos
y me crece en los dedos
una raíz de piedra que me enseña
todo lo que el mar sabe
e ignoramos los hombres.
Es el aire quien vive en mí sin duda,
y soy yo ciertamente
quien respira la tarde,
quien vive en las membranas de la arena,
quien descansa en el filo de las sombras.
Sube húmeda la hiedra
por la pared esquiva
y anidan en los huecos
los obscenos pájaros de la noche.
Es probable que me embriague de luz
y que a veces converse con las nubes
cuando me siento en la roca y contemplo
cómo descende desde la montaña
el glaciar majestuoso e inmenso.

Juan José Cabedo Torres